Entre placeres dorados y escarpadas montañas: el poblamiento de Santo Domingo 1770-1810

Between golden pleasures and steep mountains: the settlement of Santo Domingo 1770-1810

Yubely Andrea Vahos Hernández

yubely.vahos@gmail.com

Universidad de Antioquia

Luis Fernando Franco Franco

lufso2@yahoo.es

Universidad de Antioquia

Fecha de recepción: 16 de julio de 2018

Fecha de aprobación: 21 de septiembre de 2018

Resumen

Este artículo explora el proceso de asentamiento en Santo Domingo entre 1770 y 1810, un espacio que fue escenario de la llegada de una población considerable, seducida por la promesa de una tierra rica en oro y la posibilidad de ser pequeños propietarios. La pregunta central gira en torno a la configuración socioeconómica de este territorio y se hará hincapié en dos cuestiones: la descripción de las actividades económicas y la creación de proyectos orientados a la conformación de un orden social y espacial.

Palabras clave: Santo Domingo, poblamiento, sociedad, economía, siglo XVIII.

Abstract

This article explores the process of settlement of Santo Domingo, Antioquia, between 1770 and 1810, a space that was the scene of the arrival of an important human population, seduced by the promise of a land rich in gold and the possibility of being small owners. Thus, the main question revolves around the socio-economic configuration of this territory and the emphasis will be placed on two issues: the description of the economic activities and the creation of projects oriented to the conformation of a social and spatial order.

Keywords: settlement, Santo Domingo Antioquia, society, economy, eighteenth century.

Introducción

Merced al reconocimiento alcanzado por Tomás Carrasquilla como escritor costumbrista, seguramente muchos antioqueños asocian el nombre del autor a la tierra que lo vio nacer, Santo Domingo. La situación también responde al hecho de que varios de sus relatos, dan cuenta de rasgos, en su opinión, destacables de esta población y sus gentes. Uno de tales relatos es *A la plata*¹, la historia de una familia cuyo padre es reclutado para pelear, en una de las tantas guerras que se libraron en el país en el siglo XIX, y dejó a su mujer e hija solas con el deber de sembrar y cuidar el ganado para mantenerse. Empero, tras conocer cuán rentable resultaba el laboreo de minas, madre e hija se aplicaron a su oficio, que amén de dinero, trajo consigo un hijo ilegítimo de la joven y la ira del padre tras volver de batallar.

Visto en perspectiva histórica, este cuento trasciende la tragedia de una familia (la del Caratejo Longas), dado que en las descripciones realizadas por el autor, se vislumbra una sociedad campesina que encontraba en el pueblo un lugar de intercambio de productos, adquisición de información y contacto con el poder. También se evidencia el peso de la religión en una sociedad mestiza compuesta mayormente de pequeños propietarios, que alternaban el cultivo de productos de pan coger con la cría de ganado para el autoconsumo, actividades que se combinaban con la minería en la vida económica del espacio geográfico por el que discurre la narración de Carrasquilla. Estas observaciones, a medio camino entre el elogio y la crítica, y realizadas entre fines del siglo XIX e inicios del XX, pueden ser vistas desde la mirada del historiador, como los efectos sociales del proceso de poblamiento del territorio de Santo Domingo, que adquirió particular dinamismo en el siglo XVIII; primero como lugar de paso, y en las postrimerías del siglo, con asentamientos más estables.

En tal periodo, este territorio fue separado de la jurisdicción de la ciudad de Rionegro, pese a serle disputado por la ciudad de Remedios y la villa de la Marinilla. Además, tenía a su cargo los minerales de La Concepción, San Roque, Gueco, Las Guacas, Nucito, Ánimas, Guadual, Quebradoncito, Volcanes y Los Dolores; espacios que durante el siglo XVIII fueron progresivamente ocupados por algunos blancos propietarios de cuadrillas y una mayoría de libres de todos los colores², que al igual que los primeros buscaban explotar el oro de la región.

Este fenómeno no fue un asunto aislado, en lugar de ello, se inscribe en un proceso que se reprodujo a escala provincial y virreinal, marcado por el crecimiento de la población, lo cual hizo necesario ampliar la búsqueda de nuevos espacios para asentarse. Ante la escasez de recursos en los lugares poblados durante los siglos XVI

1 Tomás Carrasquilla, *¡A la plata!*, *Antología de cuentos*, Comp. Kurt L. Levy (Medellín: Comfenalco, 1992)

2 Este concepto era usado a fines del periodo colonial, para referirse a las diferentes mezclas étnicas presentes en la sociedad: blancos ricos y pobres, esclavos, mazamorreros, libres, mulatos, zambos, etc.

y XVII, fue preciso impulsar la reorganización territorial para un control más efectivo de los recursos y las gentes, lo que en Antioquia, se evidenció en la adición de las ciudades de Arma y Remedios, así como las villas de Marinilla y Supía. Estos factores se unieron a la decadencia de minas como las situadas en el Nechí, realidad que demandó buscar otros placeres y zonas de cultivo que deberían asegurar su abastecimiento.

Sin embargo, el proceso de poblar no se limitaba a abandonar la tierra de los padres o movilizar cuadrillas, abrir el monte, llegar a un nuevo territorio para asentarse de manera temporal o definitiva; también requería construir una vivienda y laborar la tierra. Una vez ubicados, los colonos de distinta procedencia territorial y posición económica debían organizarse para explotar el territorio. En tal sentido, el presente trabajo abordará algunas características del proceso de configuración socio-económica del territorio que comprendía Santo Domingo, entre 1770 y 1810, con la mirada puesta en dos asuntos, la descripción de las actividades económicas y la creación de proyectos orientados a la conformación de un orden social y espacial.

Cabe aclarar que Santo Domingo es actualmente un municipio ubicado en la sub región nordeste del departamento de Antioquia, y para el periodo de estudio, 1770-1810, fue un territorio enmarcado entre los ríos Aburrá o Porce, Nare o Negro y Nus, así como la quebrada San Pedro. Era denominado Real de Minas de las Montañas de Santo Domingo y limitaba con los Minerales de La Vieja (villa de Marinilla), La Concepción (ciudad de Rionegro), Yolombó (ciudad de los Remedios) y los potreros de Barbosa (villa de La Candelaria de Medellín), con escasos asentamientos duraderos y alta movilidad poblacional en busca de minerales de oro.

El poblamiento de este territorio se inscribe en un capítulo más amplio en la historiografía de Antioquia sobre la colonización, explotación e inclusión de territorios en redes comerciales y de poder, para cuyo estudio se han empleado diferentes perspectivas. Un texto ineludible es el de Roberto Luis Jaramillo³, dado que aborda las características generales del poblamiento en la provincia y analiza rasgos particulares en los diferentes países. Se trata de una investigación que tiene en cuenta los conflictos entre castas por el uso de la tierra, las motivaciones para colonizar, la cotidianidad de los colonos, los proyectos gubernamentales y de empresarios antioqueños, con un enfoque especial en el sur⁴. A propósito de esto, una de las líneas de investigación más recurrentes, ha ligado el poblamiento a actividades económicas. Así, autores como Cesar Lenis⁵ o Juan Correa⁶ llaman la atención sobre el movimiento de mazamorreros

3 Roberto Luis Jaramillo, *La colonización antioqueña, Historia de Antioquia, ET*. Ed. Jorge Orlando Melo (Medellín: Suramericana de Seguros, 1988).

4 Sobre la colonización del sur puede verse: Álvaro López, *Migración y cambio social en Antioquia durante el siglo XIX* (Medellín: Hombre Nuevo, 1979).

5 Cesar Lenis, *Una tierra de oro: minería y sociedad en el nordeste de Antioquia, siglos XVI al XX* (Medellín: Idea, 2007).

6 Juan Correa, "Minería y poblamiento en Antioquia, siglos XVII y XVIII", <https://repository.cesa.edu.co/handle/10726/220>

y mineros en búsqueda de oro y la reconfiguración del espacio y las redes económicas que ello acarrió, en tanto que Beatriz Patiño⁷ estudia el rol de los comerciantes en la creación de esas redes de intercambio, que hacían circular el oro y ayudaban a la creación de lazos entre zonas mineras y ciudades.

Por otra parte, Mauricio Arango⁸ aborda el poblamiento agrícola, entendido como apertura de frontera que ayudó al fortalecimiento de la minería. Otra corriente ha buscado entender la relación entre poblamiento y la configuración de poderes, los vínculos con los ya existentes, así como ordenamiento y control del espacio.

María Teresa Uribe y Jesús Álvarez⁹ se centran en las prácticas y representaciones de los grupos sociales como actores activos¹⁰ del contexto de la construcción de la nación, para lo cual se establece un contrapunto entre lo público y lo privado. Allí se plantea que entre 1780 y 1820, en Antioquia se construyó un orden híbrido formado por tramas sociales, circuitos económicos, relaciones políticas y acuerdos, proceso marcado por el rol de los intelectuales en la conversión de sus intereses en proyectos colectivos para los antioqueños y la visión del oro como motor de transformaciones económicas y culturales. Sobre Santo Domingo, hay algunas generalidades poco sustentadas con fuentes primarias en obras como la de Heriberto Zapata¹¹ y el estudio de Fernando Toro¹² centrado en la parroquia. Finalmente la monografía de Luis Fernando Franco¹³ aborda el poblamiento de Santo Domingo y Barbosa para entender el proceso poblacional y las prácticas de asentamiento en el siglo XVIII.

Este recorrido permite observar que, en el estudio del poblamiento en Antioquia, se han privilegiado el sur y el norte. El primero, gracias a los efectos políticos y económicos que tendría en el siglo XIX; el segundo en virtud de la reactivación minera del Valle de los Osos durante el XVIII. De allí la pertinencia de poner la mirada en otros territorios como Santo Domingo, objeto de un proceso semejante y con un peso importante por su ubicación como lugar de paso en la ruta al Magdalena durante el periodo de la era republicana, y con fuertes vínculos con Medellín en detrimento de Rionegro¹⁴.

7 Beatriz Patiño, *Los comerciantes de Medellín 1763-1810* (Medellín: Universidad de Antioquia, 2001).

8 Mauricio Arango, "En tierras de pan y caballería: poblamiento y agricultura en la provincia de Antioquia, 1760-1812", en: *Entre el antiguo y el nuevo régimen, la provincia de Antioquia siglos XVIII y XIX*. Juan David Montoya y Catalina Reyes (Medellín: Universidad Nacional, 2010).

9 María Teresa Uribe y Jesús Álvarez, *Las raíces del poder regional: el caso antioqueño* (Medellín: Universidad de Antioquia, 2008).

10 Sobre las condiciones sociales de los distintos estamentos en los poblados tradicionales, SUS RELACIONES, su participación en actividades económicas y las motivaciones para buscar nuevas tierras puede verse: Luz Eugenia Pimienta, *Mestizaje y sociedad en Antioquia, 1777- 1810* (Medellín: UdeA, 1985) y Beatriz Patiño, *Riqueza, pobreza y diferenciación social en la Antioquia del siglo XVIII* (Medellín: UdeA, 2011).

11 Heriberto Zapata, *Monografías de Antioquia* (Medellín, Cervecería Unión, Copiyepes, 1978).

12 Fernando Toro, *Santo Domingo de Guzmán: 200 años de vida parroquial* (Medellín: Editorial Lealon, 1998).

13 Fernando Franco, *Población y poblamiento en los pueblos del río abajo del Porce, 1750-1820: casos de Santo Domingo y Barbosa* (tesis historiador, U de A, 2016).

14 Para mayor información sobre el proceso de la colonización antioqueña, ver texto de: James Parsons, *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia* (Medellín: Imprenta Departamental de Antioquia, 1950).

Esta investigación es también un intento por retornar a las raíces familiares, una búsqueda por entender cómo se configuraron históricamente las montañas, cañones y quebradas tantas veces recorridas, así como la sociedad que con sus singularidades y aspectos comunes frente al resto de Antioquia es tan nuestra como ajena. El abordaje del tema se servirá de amparos y conflictos por minas, documentos sobre construcción de caminos y creación de curatos, archivos parroquiales y libros publicados.

El espacio

A semejanza de otros territorios del oriente y occidente de la provincia de Antioquia, que fueron concedidos como mercedes de tierras, casi siempre a blancos criollos y descendientes de colonizadores, Santo Domingo tuvo su origen en una de estas concesiones. Durante dos siglos, el espacio donde hoy se sitúan Cisneros, San Roque, Caracolí y Santo Domingo pasó de mano en mano, fruto de herencias, compras y ventas. Dicho territorio fue otorgado en primera instancia al capitán Felipe Rodríguez Vivanco (siglo XVII). Luego en 1677 fue entregado como herencia a su hija María Gregoria del Sacramento, de ella pasó al Convento de las Carmelitas (finales siglo XVII) y casi un siglo más tarde, los terrenos fueron comprados por Bernardo Agudelo (finales del siglo XVIII)¹⁵. Concebido como tierra de minas hasta 1792, el poblado estuvo constituido por unos cuantos ranchos que eran abandonados, según las circunstancias económicas y el agotamiento de los minerales.

Pese a la importancia secundaria de Santo Domingo en la historiografía regional y de sus explotaciones mineras con relación al dinamismo experimentado por el Valle de los Osos, su localización geográfica, riqueza aurífera y situación político-administrativa puso esta tierra en la mira del sistema colonial. La extensión de los minerales de Santo Domingo le permitía al minero o mazamorrero disfrutar de diferentes pisos térmicos, así como de la cabecera y parte apreciable del curso de los ríos Nus y el Nare, los que en su trasegar reciben el arrastre de minerales que se hallan en las montañas adyacentes. En la actualidad, esta ubicación montañosa y de estrechos valles fluviales, le permite a los residentes de los pueblos que surgieron de este territorio, desarrollar diferentes actividades económicas, entre ellas el cultivo de caña, yuca y hortalizas, así como la minería y la ganadería.

Durante el siglo XVIII, la importancia del territorio radicó en su localización como punto de contacto entre los territorios del oriente y nordeste de la provincia de Antioquia, de allí su consolidación como lugar de paso y de abastecimiento de algunas minas cercanas. Por la zona discurrían el camino del Nare, punto de conexión con el Magdalena y a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, se construyeron los

15 Franco, *Población*, 136-137.

camino de Muñoz, San Cristóbal y Juntas¹⁶. Empero, en el marco de las reformas borbónicas, tendientes a hacer de sus dominios colonias rentables para la Corona, los reyes de España -mediante el virrey y los visitadores-, hicieron de Santo Domingo un objeto de modificaciones jurisdiccionales, ya que pasó de ser un Real de Minas, a ser Partido y luego Distrito.

Las montañas de Santo Domingo se hallaban en los límites de las jurisdicciones de tres centros administrativos: Arma, Marinilla y Remedios. De allí su configuración como zona de frontera interna, definida por Clara Inés García como:

“Espacios de confluencia-diferenciación de complejos socioculturales internos a un grupo, una sociedad o un estado-nación- donde no median separaciones por soberanías políticas entre estados- sino los producidos por una amplia variedad de procesos, tales como ordenamiento territorial, colonización, identidades socio-territoriales, conflicto social y político-militar, y sobre un tipo diferenciado de territorialidades: urbanas, rurales, regionales, periféricas y étnicas”¹⁷.

En efecto, Santo Domingo aparece en el ideario de los funcionarios como un espacio escasamente controlado, cuya característica dominante era la movilidad humana y geográfica más allá de los límites políticos. También lo era su potencialidad económica, convirtiéndose en un espacio disputado por los mineros y los gobernantes de las jurisdicciones mayores (ciudad, villa). Esto explicaría la necesidad de controlarlo, al imponer orden donde se observaba caos y afianzarse sobre la ilegalidad.

Esta lógica se advierte en la petición levantada en 1742 por el gobernador de Antioquia Facundo Guerra, quien enfatizaba la conveniencia de agregar a la provincia las jurisdicciones de Marinilla, Arma, Remedios y el sitio de Cancán. Según el oficial, tal solicitud era pertinente dada la distancia entre Popayán y los pueblos de indios de San Antonio del Peñol y San Antonio de Pereira, lo cual ayudaría a facilitar la administración de justicia al permitir capturar a los delincuentes que traspasaban el límite para escapar tras cometer un delito en Rionegro¹⁸. Catorce años más tarde, en 1758, el virrey José Solís Folch de Cardona ordenaba que se hicieran efectivas las modificaciones territoriales y, a modo de explicación, acudía a los argumentos señalados por el exgobernador de la provincia de Antioquia.

Este proceso ilustra en una escala provincial, varias realidades comunes al mundo americano en el siglo XVIII. El reformismo no solo estuvo encarnado en funcionarios metropolitanos, ocupados de redactar proyectos y remitir órdenes a las colonias, o enviados peninsulares con la misión de adelantar modificaciones en la organización

16 Hernán Henao, *Santo Domingo* (Medellín: Colección de estudios de localidades, Cornare, Iner, 1993), 63.

17 Clara Inés García, “Enfoques y problemas de la investigación sobre territorios de frontera interna en Colombia”, *Fronteras, territorios y Metáforas* (Medellín: Hombre Nuevo Editores, Iner, 2003).

18 AHA, M, T375, D7000, 1742, f12r.

económica, social y administrativa. En lugar de ello, funcionarios radicados en la zona, conocedores de sus problemáticas, recursos, organización e incluso ligados a las élites locales por intereses económicos, tomaron la iniciativa de remitir proyectos de fomento a las autoridades coloniales y metropolitanas¹⁹. Finalmente, el tiempo transcurrido entre la petición y la respuesta del virrey, pone en evidencia la lenta operación del sistema colonial, una estructura compleja y pesada que emprendió una carrera para seguirle el paso a un proceso dinámico de poblamiento por montañas, valles y ríos, que en Antioquia se extendió en todas direcciones y tuvo en Santo Domingo uno de sus focos.

Tras el oro llegan las almas

Allí, el censo de 1786²⁰ registró la presencia de vecinos de jurisdicciones cercanas (Yolombó, Barbosa, La Concepción, Rionegro, Marinilla, San Vicente, Barbosa, Medellín), lo que redundó en que no había vecinos propios o nacidos en Santo Domingo, dado que los propietarios de minas residían en Rionegro y Marinilla. El censo además contabilizó 45 cabezas de familia con una cantidad indeterminada de pobladores dispersos por las montañas, en términos porcentuales, se registró un 73 por 100 de pobladores de todos los colores y un 27 por 100 de blancos que no permanecían allí pero que tenían propiedades en la zona²¹. La fundación de la parroquia en 1798, permite rastrear la cantidad y procedencia de los neonatos; constituye, en otras palabras, una prueba de la llegada de población que hizo necesaria su creación a los ojos de las autoridades eclesiásticas.

Entre 1792 y 1807 se registraron 241 bautizos, lapso en el cual los años con mayor número de niños nacidos son 1794 con 37, 1797 con 23, 1800 con 29, 1801 con 25 y 1802 con 27 (Tabla 1). Al indagar por la distribución social de la población, se halla que tres figuraban como hijos de la pila (huérfanos o abandonados al cuidado de la iglesia parroquial), once de ellos eran esclavos y diez blancos, los niños restantes (223) figuraban como mestizos²². Cabe anotar que todos los esclavos nacidos pertenecían a cinco blancos: Bruno de Restrepo, Joaquín Gonzales, Jacinta Londoño, Juan Gervasio de Villegas y Fermín Velásquez. Los padres de estos infantes se aventuraron en una empresa cuyo grado de dificultad, dado el trabajo de “tumbar monte”, construir una vivienda y sembrar productos para auto sostenerse, dista de la idea de la colonización como un acto de heroísmo, emprendido por blancos y mestizos.

Hasta Santo Domingo llegaron gentes de las jurisdicciones de Rionegro, Medellín y sitios como Yolombó o Cancán, mestizos para quienes poblar fue una opción

19 John Lynch, *América latina entre colonia y nación* (Barcelona: Critica, 2001), 80.

20 AHA, CE, T343, D6534, 1786, F1-15

21 Franco, *Población*.

22 APSD, B, Libros. 01 y 02. v

surgida de la necesidad. Como demostró Patiño, en Rionegro y Medellín, junto a las grandes propiedades de los blancos, existían una serie de pequeños tenedores de tierra y desposeídos, quienes dada la ausencia de tierras en el territorio para su subsistencia, la incapacidad de adquirirlas o la insuficiencia de las pequeñas parcelas para asegurar el mantenimiento de sus crecidas familias, debían desplazarse hasta los puntos de frontera interna²³. Prueba de la alta demanda de tierra en esta jurisdicción es el conflicto entre José Buenaventura de Arbeláez, Joaquín y Cosme González y Alonso Restrepo con los indios del Peñol por el derecho a explotar una mina en ese lugar. Así, para justificar la solicitud argumentaban que:

“[...] hallándonos sin mina en donde poder acomodar nuestra gente y sacar dinero para mantener nuestras familias, entramos derrotados a los montes que llaman de Arenal y Vieja, jurisdicción del valle de la Marinilla, en solicitud de ver si podíamos descubrir algunas minas y en donde acomodarnos y con efecto, habiendo cateado el río que llaman de Arenal, el que tanteamos tener poco más o menos veinte y cinco cortes de agua, siendo más caudaloso otro que llaman de Guatapé, sacamos de dicha cata siete tomines de oro, los mismos que presento para su quilate y ensaye suplicando a vuestra señoría se sirva de amparamos a cada uno de los compañeros arriba mencionados para que juntos y de mancomún podamos ponerlos en labor [...]”²⁴

Dada la naturaleza de los costos que acarreaba hacer productiva una mina de este tipo, su discutida pobreza resulta cuestionable. Sin embargo, es indudable que compartían con los hombres sin tierra la necesidad de ir más allá de su jurisdicción en búsqueda de espacios para desarrollar actividades económicas y acrecentar su caudal. Esta necesidad hizo también de los mineros del siglo XVIII hombres trashumantes, que pusieron sus ojos en los lugares ricos en oro, hasta donde enviaron sus negros o dispusieron de la mano de obra libre asentada, realidad de la que dan cuenta los registros de los denuncios de minas. En Santo Domingo se reportaron 15 minas entre 1750 y 1810, de las cuales 2 fueron reportadas por José Rodríguez y las restantes por sujetos distintos como Bruno Restrepo, Ignacio Jiménez de Restrepo y Pedro José Caballero²⁵. Esta información también arroja luces respecto a los lugares más dinámicos del poblamiento minero, donde resaltan puntos como la Quebradona con 3 minas y la quebrada las Ánimas con igual cifra.

23 Patiño, *Riqueza, pobreza*, 95.

24 Universidad de Los Andes, *Fuentes coloniales para la historia del trabajo en Colombia* (Bogotá: Uniandes, 1968), 175.

25 Mesa Jaramillo, José María. *Minas de Antioquia, las que se han constituido entre 1733 y 1900* (Medellín: Corporación universitaria Remington, 2013).

Denunciante	Nombre de mina	Distrito	Paraje	Calidad	Fecha de título
Juan Jose Acebedo	Santa Rita	Santo Domingo	Cabeceras del Nus	...	1751.01.11
Toribio Gallon	Zancudo y Zancudillo	Santo Domingo	Quebrada Chiquinquirá	...	1752.08.17
Jose Rodriguez	...	Santo Domingo	Cabeceras del Nus	...	1752.09.06
Ignacio Jimenez de Restrepo	...	Santo Domingo	Río Santo Domingo	...	1762.02.17
Francisco Garcia	...	Santo Domingo	Quebrada las Animas	...	1768.08.12
Alonso Elias Jaramillo	Nusito	Santo Domingo	Río Nusito	...	1774.08.29
Toribio García	...	Santo Domingo	Río Negro	Aluvión	1792.06.28
Isidoro Peláez	...	Santo Domingo	Quebrada el Rosario	...	1794.01.17
José Rodríguez	...	Santo Domingo	La Quebradona	...	1795.02.19
Pedro José Caballero	...	Santo Domingo	La Quebradona	...	1795.02.28
Bruno de Restrepo	...	Santo Domingo	Quebrada Santa Gertrudis	Aluvión	1796.05.27
Melchor Granada	...	Santo Domingo	La Quebradona	Aluvión	1797.11.17
Vicente Ardila	...	Santo Domingo	Río Nus	...	1798.04.13
José María Velázquez y Restrepo	...	Santo Domingo	Quebrada Animas	...	1802.09.09
José Joaquín Franco	...	Santo Domingo	Quebrada Animas	Aluvión	1805.01.15

Tabla 1. Minas denunciadas en Santo domingo entre 1750-1810

Fuente: Mesa Jaramillo, Minas de Antioquia.

Empero, si para los mazamorreros era suficiente con establecerse y explotar, sin necesidad de documentos que certificaran su derecho, estos mineros antes de producir debían invertir capital en limpiar el recorrido del río para canalizar el agua. De allí que fuese una actividad de gentes con cierto caudal que operaban de forma individual o por sociedades.²⁶ Una vez recogían los réditos de su inversión, la ley colonial les exigía llevar el oro a la fundición y registrar la producción en un libro de sacas, situaciones que usualmente no se cumplían en su totalidad dada la poca atención de los

26 Ann Twinam, *Mineros, labradores y comerciantes: las raíces del espíritu empresarial en Antioquia, 1773-1810* (Medellín: Faes, 1985), 31.

funcionarios y los mecanismos de evasión como el contrabando o el sub registro de empleados por los mineros.

Sin embargo, la explotación aurífera traía aparejados diferentes conflictos, realidad frente a la cual Santo Domingo no fue la excepción. Así, en 1803, Justo Samarra siguió un pleito contra don Francisco Méndez por no permitirle laborear su mina. Samarra sostenía que su compañero le quitaba el curso de agua constantemente, frente a lo que don Juan José de Agudelo y el juez poblador don José de Acevedo, peritos encargados de la causa, tomaron la decisión que ambos hombres trabajasen en compañía, “con condición y precisa obligación de colgar la mina de abajo del desemboque de la Quebradona hasta la angostura que es por donde pasa el camino para Yolombó”²⁷. Naturalmente, la sociedad entre ambos hombres fue algo contingente, el mecanismo definido por la ley para que ambos explotaran su derecho, pero en estos minerales las uniones fueron una forma habitual de minería.

Con frecuencia, varias personas creaban sociedades caracterizadas por el aporte de mano de obra para el laboreo y dinero para los gastos de funcionamiento con el propósito de compartir en las ganancias, acuerdos que se fijaban por escrito o de palabra e infortunadamente para algunos de los asociados, los resultados no siempre eran los esperados. De ello da cuenta el seguimiento al pleito por una mina en Santo Domingo. Originalmente propiedad de Alonso Elías Jaramillo, quien había adquirido parte de ella al comprársela a Vicente Jaramillo, la mina Nusito fue centro de una enrevesada disputa. En 1772 Alonso Jaramillo litigaba con Isidro Pineda, vecino de la Marinilla, para confirmar su propiedad (puesto que Pineda argumentaba ser el propietario de la mina tras adquirirla de manos de Isidro Arango, vecino de Medellín, por venta y denunciaba que esta había sido ocupada por Jaramillo). Cinco años más tarde se descubría que la alegada propiedad de ambos tenía sustento, ya que el socio de Alonso Jaramillo, Francisco Vahos, funcionario de Concepción, había vendido la totalidad de la mina a Pineda²⁸. Finalmente, en 1779 Cayetano Buelta Lorenzana decretó que Jaramillo era el tenedor legal y ordenó al alcalde de Rionegro a hacer efectiva esta resolución²⁹.

Este caso resulta ilustrativo en varios sentidos. En primer lugar, muestra que las élites de los centros urbanos no solo negociaban con sus vecinos, llegaban a acuerdos con sujetos de otras jurisdicciones para emprender actividades económicas en lugares de frontera interna que ofrecían posibilidades como Santo Domingo. El desempeño de Vahos como alcalde de Concepción resulta sugerente debido a la concordancia entre poder económico y político. Además, la participación del Gobernador en el litigio evidencia que en Antioquia la minería era una actividad central, sujeta a leyes y en la que el gobierno colonial buscó intervenir incluso desde el siglo XVI, cuando Rodas

27 AHA, M, T364, D6783, 1803, f.6r.

28 AHA, M, T352, D6623, 1777.

29 AHA, M, T366, D6818, 1799.

se ocupó de la redacción de las leyes de minas, pues al igual que sus sucesores eran conscientes de que el control de esta actividad era necesario para la buena marcha fiscal del sistema colonial. Indudablemente para Jaramillo, la intervención gubernamental resultó beneficiosa, pero con frecuencia la relación entre minería y fiscalidad adquirió el carácter de un tira y afloja, en el cual los mineros buscaban eludir el pago de impuestos y la Corona intentaba organizarlo para controlarlos.

Así, Don Miguel María Gordon y don José María Mejía, vecinos de la parroquia de San Lorenzo de Yolombó, solicitaron providencia para que no se les perjudicara en la posesión de una mina, adquirida en compañía, en el paraje nombrado Nus Grande, que por carecer de agua no se podía labrar plenamente. Por ello, elaboraron acequia y solicitaron no se les cobrara sino el quinto de las sacas³⁰.

En aras de evitar peticiones de esta naturaleza, en las concesiones mineras en la época colonial se otorgaba un espacio que comprendía una larga extensión del curso de agua y territorio circundante. Una mina situada en Nucito, propiedad de Isidro Arango era descrita en los siguientes términos: “sus linderos, desde los encuentros del río Nare con el Nusito este arriba hasta un alto en que cogió colgadero el Capitán don Alonso Jaramillo, difunto, el cual tengo vendido, excepto el aventadero de una playa que pertenece a don Ignacio de Arango, en cantidad de 300 pesos”³¹. Según Arango, a tal argumento se sumaba otro. Las tierras que rodeaban la mina permitían establecer cultivos con frecuencia, a cargo de libres, sujetos a sistemas de terraje (arriendo de tierras para labrar) para el sustento de la mano de obra esclava, particularidad que explica la mayor importancia dada a la tierra durante el siglo XVIII, pese a mantener su bajo costo. Además, para justificar el amparo de una mina argumentaban la existencia de procesos de poblamiento en la zona. En consecuencia, se intentó hacer de las tierras de oro tierras de pan y caballería y los mineros dependieron de la labor de familias asentadas en su tierra o en cercanías de la mina para la sostenibilidad de la actividad extractiva³².

El de Santo Domingo (otrora San Miguel) fue un poblamiento espontáneo en el que resaltó la rápida expansión del componente mestizo, así como la presencia de mineros con sus negros y capital. Sin embargo, la participación de estos grupos no tuvo como característica predominante la confrontación. En lugar de ello, se establecieron relaciones de conveniencia que derivaron en un patrón de cuyo éxito y dinamismo dan cuenta el número de pobladores registrado en la expedición Antioquia de 1808, a saber: 822 y 129 esclavos³³.

30 AHA, F, T53, D1454, 1775, f.1r.

31 AHA, M, T358, D6716, 1772. F.1r-2r.

32 Arango, “En tierras,” 155.

33 Víctor Manuel Álvarez, ed. *La relación de Antioquia* (Medellín: IDEA, Colección Expedición Antioquia 2013), 49.

Poderes y organización

La relación de 1808, presenta un balance desalentador de San Miguel, sitio que a los ojos del encargado aparecía precario, dada su carencia de construcciones y funcionarios. El número de casas reunidas era el de cincuenta y tres, elaboradas con madera y paja, más una iglesia de teja. Sobre su temperamento saludable y fértil, señalaba: “[...] No hay escuela, ni profesores de medicina y cirugía”³⁴. Esta perspectiva conduce a preguntarse por las maneras de organización del espacio y los poderes locales en relación directa o al margen de la Corona.

Las constantes peticiones para erigir parroquias, constituyeron un mecanismo que legitimaba la existencia de sitios frente al poder real por medio del poder eclesiástico. Unido a lo anterior, la presencia de la institución eclesial reforzaba la monárquica en los lugares apartados de las urbes, ya que con frecuencia los curas cumplían funciones encargadas por la Corona. Así, el ser representantes en sus dominios y convertirse en párrocos de una de estas parroquias, constituía una vía de ascenso social y una mayor presencia de la iglesia en la vida cotidiana³⁵.

La administración del pasto espiritual no solo era una preocupación de los poderes asentados en la metrópoli o los centros urbanos provinciales, también era objeto de interés de los pobladores, al posibilitar la permanencia del asentamiento y, en el caso de los mineros, para el control de la mano de obra mestiza y esclava.

De hecho, este fue uno de los argumentos del cura de Yolombó para justificar su intrusión en la jurisdicción eclesial de Copacabana, y solicitar que le fuesen pagados los dineros por concepto de administración de sacramentos, junto a otros como la distancia entre este lugar y Santo Domingo. Según el prelado, estas minas eran de facto jurisdicción de su parroquia y debían serlo de derecho, dado que “no reside estable Coadjutor o Teniente alguno en el Tambo de Santo Domingo ni en sus alrededores, más de esta parroquia de Yolombó destaza el citado mineral en todo rigor 6 horas de camino verificándose que en mismo día se va y se viene”³⁶. Para lo cual citaba la real cédula de Carlos III, en la cual se estipulaba que todos debían recibir pasto espiritual, de lo cual los poderes locales eran responsables.

El cura Joaquín Gonzales ponía en evidencia que la presencia de los “ministros de Dios” en un poblado, era un asunto que ponía en acción los poderes de las ciudades, villas y sitios, dado que era una manera de hacer visible su influencia o potenciarla; además, cuantos más feligreses dependiesen de una parroquia, mayores serían los ingresos de esta. De hecho, cuando se trataba del nombramiento de curas en Antioquia, primaron las consideraciones fiscales sobre las cristianas, de allí que,

34 Álvarez, *La relación*, 42.

35 Rodrigo Moreno, *Parroquias, curas y jueces: la administración del espacio y la población, 1750-1820*. (Tesis historiador U de A, 2015, 43).

36 AHA, F, T53, D1454, 1775.

en respuesta a esta real cédula de 1774, se optara por nombrar curas adjutores. Así, el gobernador José Barón de Chaves, el Vicario Superintendente y el Examinador Sino-dal del Obispado, reorganizaron las jurisdicciones de las parroquias de la provincia y la fusión de algunas, así como de la creación de curas administradores, proceso al que Santo Domingo no fue ajeno. Se definió para este funcionario (párroco encargado o coadjutor) un monto de 20 pesos anuales que serían entregados por la caja real y 50.000 (maravedís) que serían compartidos con el Valle de los Osos y San Pedro de Petacas³⁷. Sumado a lo anterior, los curas de las parroquias de las que dependían estos sitios podrían nombrar los adjutores. De esta forma, se evitaban conflictos con las viejas parroquias, así como entre curas y adjutores. Además, el pago de estos funcionarios por parte de la Corona, autorizaba en la práctica a las autoridades reales para vigilar el trabajo del adjutor.

Pese a esta determinación, los pobladores de Santo Domingo y los minerales cercanos no frenaron su interés de tener una parroquia. Muchos de ellos, provenientes de ciudades y villas, eran conscientes de la importancia de esta institución para la regulación de los tiempos, la articulación de formas de sociabilidad en torno a la centralidad que constituía la iglesia en espacios como el mercado y las fiestas religiosas. Así, en 1798 se situó en las puertas de la Iglesia de La Candelaria el edicto de creación de la Parroquia de Santa Bárbara en el sitio de San Miguel, y se instó a los sacerdotes a presentar sus oposiciones para ocupar la nueva vacante³⁸. A ella se presentaron Vicente de Ibarra, cura de San Carlos de Priego; José Fermín Mejía, cura de San Pedro de Sabanalarga y José Sinforoso de Upegui, quien se postuló pese a carecer de los primeros cuatro grados de “órdenes” para ascender al presbiterato. Finalmente fue nombrado el candidato de Sabanalarga. A juzgar por el perfil de los postulados, no se trataba de sacerdotes formados para elucubraciones teóricas y cuya esperanza de vida fuera la quieta reflexión, sino de sujetos prácticos, con una formación básica, habituados tanto a la vida como al trabajo en zonas rurales.

Si bien el cura era quien estaba en contacto con la población en su cotidianidad, otra de las manifestaciones del poder en las zonas rurales fue la del Alcalde Pedáneo. Como su nombre lo indica, se trataba de un funcionario trashumante, que tenía facultad para dirimir casos menores como obscenidades, ofensas verbales y violación a la propiedad ajena, o remitir los de mayor complejidad al centro urbano al que se hallaba sujeto el poblado. Se trató de personajes cuestionados por su poca instrucción académica y limitados recursos³⁹. Para un mejor funcionamiento de la administración civil, la provincia de Antioquia sufrió una división en nueve partidos, llevada a cabo en diciembre de 1757 por el gobernador de la provincia de Antioquia, don José Ba-

37 AHA, F, tomo 42, doc. 1362, f. 63R.

38 AA, Caja 3, Carpeta 1, 31 ff.

39 Beatriz Patiño, *Criminalidad, ley penal y estructura social en la provincia de Antioquia, 1775-1820* (Medellín: Idea, 1994).

rón de Chávez. La modificación estaba orientada a ordenar el territorio, controlar sus gentes, fomentar la presencia real y evitar la consolidación de otros poderes. Uno de estos últimos, estaba comprendido por Santo Domingo, La Concepción y Río Abajo.

A medida que la gente se asentaba y veía llegar tras de sí los representantes de la Corona con la tarea de controlar -sumado a la realización de censos para cobrar impuestos- iba surgiendo un sentido de comunidad. Lo anterior suponía reconocerse en tanto grupo que, pese a sus diferencias, compartía el hecho de ser colonos y se sabía diferente de los rionegreros por su organización económica, social y política (entendida esta última en un sentido amplio). De allí que se organizaran en defensa de sus intereses. En relación a esto, en 1810 una orden virreinal autorizaba que los colonos de Santo Domingo fuesen eximidos del pago de impuestos por un periodo de 10 años⁴⁰. Lo anterior requería la existencia de líderes locales que como se verá, tenían intereses económicos y forjaron una serie de relaciones entre ellos.

En la obra *Las raíces del poder regional*⁴¹, sus autores le otorgan gran peso a la creación de alianzas parentales entre las élites para perpetuar su poder mediante los matrimonios. Según los investigadores, las redes parentales creadas en torno a las dotes y las herencias ayudaron a perpetuar a un grupo reducido como controlador de los recursos institucionales del poder y las fuentes de enriquecimiento, un proceso en el que la procedencia racial fue un elemento de gran relevancia simbólica. La sociedad de Santo Domingo también se configuró como una sociedad de alianzas, situación de la que dan cuenta los bautizos realizados allí. En primer lugar, al observar los nombres de padres y padrinos aparecen apellidos entrelazados de manera recurrente (Ej. Bustamante o Duque Ramírez), en varias parejas constituidas por familias que deciden emparentar a varios de sus descendientes. En segundo lugar, todos los niños blancos nacidos, fueron apadrinados por gente de la misma condición. Así, Esteban Duque Ramírez, hijo de Francisco Duque y María Ramírez fue apadrinado por José Piedrahita y Rosa Duque; José Bustamante Vahos, hijo de Vicente Bustamante y Rita Vahos, fue apadrinado por José Duque y Regina Ramírez; nombres como José Carvajal o Juan Duque, los cuales aparecen con frecuencia como padrinos de los nacidos⁴², forjaban así relaciones de compadrazgo entre blancos, que incidieron en la asociación comercial.

Lo anterior no resulta anómalo en una sociedad estamental, pero al poner la lente en los mezclados, salta a la vista el hecho de que, en su mayoría, los padrinos de estos infantes fuesen blancos. Bruno de Restrepo apadrina siete niños, José Piedrahita tres y Francisco Méndez tres⁴³. Se trataba de mineros acaudalados, cuya posición les permitía ejercer poder más allá de lo económico y gracias a mecanismos como este,

40 CC T22, D1648, f128r.

41 Uribe y Álvarez, *Las raíces*, 255.

42 APSD, B, Libros 1 y 2.

43 APSD, B, Libros 1 y 2.

se fortalecían los intercambios entre blancos y mestizos relacionados con la producción para el sostenimiento de las minas o el trabajo como mazamorreros ligados a un minero. Además, estas relaciones serían fundamentales en el siglo XIX en el marco de la creación de municipios (o distritos), facciones y élites locales, apoyadas por sus respectivas redes de compadres y trabajadores.

A medida que se consolidaba una élite local (asunto que devendría en la autonomía de Santo Domingo frente a Rionegro), esta empezaba a crear intereses que no siempre coincidían con los de la ciudad de la que dependían. Ello se evidencia en el proyecto de construir un camino al Magdalena que pasara por allí, una iniciativa emprendida por Gabriel Ignacio Muñoz, quien gozó de apoyo, dado que llegar por allí resultaba más rentable y seguro, además de facilitar el recorrido para gentes de lugares distintos a Rionegro y Marinilla, cuyos pobladores casi habían monopolizado el comercio:

“Por el riesgo de navegación del río Nare hasta el puerto de Juntas, en que han naufragado varias embarcaciones con crecidos caudales y ahogarse muchos sujetos, además del perjuicio que el comercio experimente cada día por Juntas, los cargueros ingresan con hijos o compañeros, contra la prohibición, facilitando la extracción de géneros, además que en las propias embarcaciones se riegan por la violencia y rapidez de las aguas y porque esto no sucede por el nuevo camino de Bodega Vieja [...] aunque el flete vale tanto como el de Juntas, el camino es más llano y a medida que se vaya perfeccionando, no hay duda de que se utilizará más”⁴⁴.

De tal suerte que Santo Domingo no solo entró en conflicto de intereses con estos centros urbanos, sino que entabló vínculos con las élites de Medellín, gracias a lo cual reforzó su importancia como lugar de tránsito y ayudó a la consolidación del poder de Medellín como centro de comercio. Además, como mostró Brew, se convertiría en uno de los espacios de interés de esas élites en búsqueda de tierras para desarrollar actividades rentables, que en el caso de Santo Domingo se evidenció en la compra de tierras para el cultivo y a fines del siglo XIX, la ganadería y la acumulación de ellas para sacar partido de la construcción del ferrocarril⁴⁵.

Conclusiones

Durante el siglo XVIII, Santo Domingo adquirió una importancia considerable en la provincia, dado que se trataba de una frontera interna poco poblada, rica en oro y situada estratégicamente en un punto de confluencia; primero de dos gobernaciones

44 AHA, C, T72, D2017, 1804, f 6r.

45 Roger Brew, *El desarrollo económico de Antioquia desde la independencia hasta 1920* (Bogotá: Banco de la República, 1977).

y tras las reformas jurisdiccionales, como punto de unión del espacio controlado por tres centros urbanos. Gracias a lo anterior, esta zona fue objeto de un proceso de poblamiento liderado por una mayoría de población mezclada, procedente sobretudo de Rionegro, Marinilla y Medellín, así como por mineros que llegaron hasta allí con algunos esclavos y realizaron intercambios con la gente de todos los colores para el laboreo de las minas y la siembra de alimentos. Un proceso de interacción que devino en la consolidación de poderes locales, emparentados entre ellos y con los mezclados gracias al compadrazgo, que centraron su atención en la defensa de sus intereses frente a la Corona y Rionegro, buscando entre otras cosas, asegurar la permanencia del poblado y el control de la gente.

El camino que transformó a Santo Domingo en una sociedad organizada en torno a una iglesia, unas formas de trabajo y la presencia de autoridades religiosas (en su mayoría) -que eran un brazo de la Corona para ejercer control- no estuvo exenta de conflictos. Los hubo por el derecho a explotar las minas y el uso de los recursos necesarios. De hecho, existieron tensiones entre jurisdicciones eclesiásticas por el interés de hacer rendir los recursos y tributos de su grey, así como por obtener los pagos de los fieles y caudales institucionales. Finalmente, también se presentarían conflictos con Rionegro por los crecientes vínculos entre los fieles de Santo Domingo y la gente del Valle de Aburrá, que se expresaron en la construcción del camino de Muñoz. El estudio del proceso de poblamiento de este espacio permite ver a pequeña escala procesos comunes al resto de la provincia y otros territorios americanos durante el siglo XVIII. Permite, en otras palabras, situar la mirada en la colonización de una zona que ha sido poco estudiada para el periodo colonial.

Anexo 1.

Fuente: AHA, Censos y Estadísticas, T343,D6534 y Santo Domingo, Parroquia, Libros y Bautizos I-II-III, 1792-1820.

Bibliografía

1. Fuentes primarias

A. Archivos

Archivo Histórico de Antioquia, Medellín (AHA)

Minas (M)

Caminos (C)

Censos y Estadísticas (CE)

Fundaciones y erección de curatos (F)

Archivo Arzobispal, Medellín (AA)

Curatos (C)

Casa de la convención, Rionegro (CC)

Archivo Parroquial Santo Domingo, Rionegro (APSD)

Bautizos (B) Libros 1 y 2

B. Impresos

Álvarez, Víctor (editor). La relación de Antioquia. Medellín: IDEA, Colección Expedición Antioquia, 2013.

Mesa, José María. Minas de Antioquia, las que se han titulado entre 1733 y 1900. Medellín: Corporación Universitaria Remington, 2013.

Universidad de Los Andes, Fuentes coloniales para la historia del trabajo en Colombia (Bogotá: Uniandes, 1968), 175.

2. Fuentes secundarias

Arango, Mauricio. “En tierras de pan y caballería: poblamiento y agricultura en la provincia de Antioquia, 1760-1812”, en Entre el antiguo y el nuevo régimen, la provincia de Antioquia siglos XVIII y XIX, editado por Juan David Montoya y Catalina Reyes. Medellín: Universidad Nacional, 2010.

Brew, Roger. El desarrollo económico de Antioquia desde la independencia hasta 1920. Bogotá: Banco de la República, 1979.

- Correa, Juan. “Minería y poblamiento en Antioquia, siglos XVII y XVIII”, <https://repository.cesa.edu.co/handle/10726/220>
- Franco, Fernando. Población y poblamiento en los pueblos del río abajo del Porce, 1750-1820: casos Barbosa y Santo Domingo. Tesis pregrado., Universidad de Antioquia, 2016.
- García, Clara Inés. “Enfoques y problemas de la investigación sobre territorios de frontera interna en Colombia”, *Fronteras, Territorios y Metáforas*, compilado por Clara Inés García, 47-60. Medellín: Hombre Nuevo Editores, Iner, 2003.
- Jaramillo, Roberto Luis. “La colonización antioqueña”, en *Historia de Antioquia*, editado por Jorge Orlando Melo. Medellín: Suramericana de Seguros, 1988.
- Henao, Hernán. Santo Domingo. Medellín: Colección de estudios de localidades, Cornare, Iner, 1993.
- Lenis, Cesar. Una tierra de oro: minería y sociedad en el nordeste de Antioquia, siglos XVI al XX. Medellín: Idea, 2008.
- Linch, John. América latina: entre colonia y nación. Barcelona: Crítica, 2001.
- Moreno, Rodrigo. Parroquias, curas y jueces: la administración del espacio y la población en Antioquia. Tesis maestría, Universidad de Antioquia, 2015.
- Patiño, Beatriz. Criminalidad, ley penal y estructura social en la provincia de Antioquia, 1775-1820. Medellín: Idea, 1994.
- . Los comerciantes de Medellín, 1763-1810. Medellín: Universidad de Antioquia, 2001.
- . Riqueza, pobreza y diferenciación social en la provincia de Antioquia del siglo XVIII. Medellín: Universidad de Antioquia, 2011.
- Pimienta, Luz. Mestizaje y sociedad en Antioquia, 1777-1810. Medellín: Universidad de Antioquia, 1985.
- Toro, Fernando. Santo Domingo de Guzmán: 200 años de vida parroquial. Medellín: Editorial Lealón, 1998.

Twinam, Ann. *Mineros, labradores y comerciantes: las raíces del espíritu empresarial en Antioquia, 1773-1810*. Medellín: Faes, 1985.

Uribe, María y Álvarez, Jesús. *Las raíces del poder regional, el caso antioqueño*. Medellín: Universidad de Antioquia, 2008.

Zapata, Heriberto. *Monografías de Antioquia*. Medellín: Cervecería Unión / Copiyes, 1978.